

5/173
54 copias

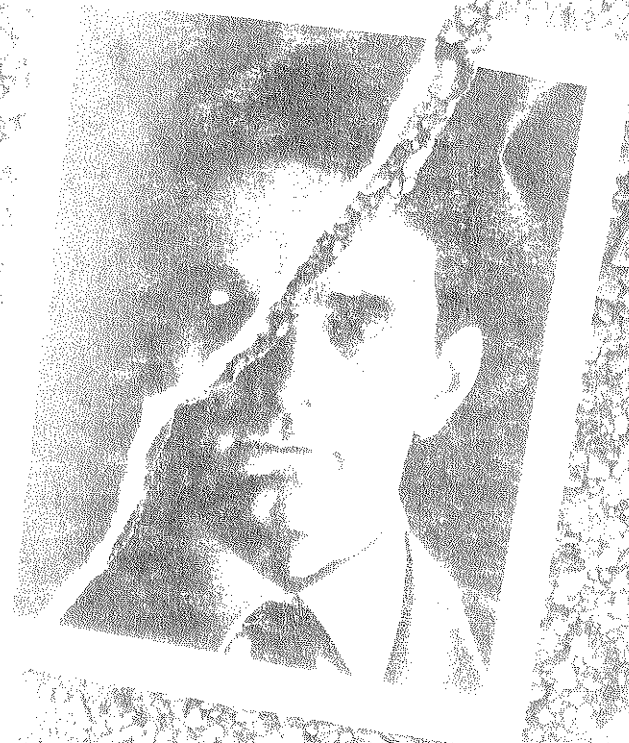
«LA DIVINA MIMESIS: doy a la imprenta hoy estas páginas como un "documento", pero también para fastidiar a mis "enemigos": en efecto, ofreciéndoles una razón más para despreciarme, les ofrezco una razón más para irse al Infierno.»

Pier Paolo Pasolini



Icaria editorial

Pier Paolo Pasolini La divina mimesis



Prólogo

La Divina Mimesis: doy a la imprenta hoy estas páginas como un «documento», pero también para fastidiar a mis «enemigos»: en efecto, ofreciéndoles una razón más para despreciarme, les ofrezco una razón más para irse al Infierno.

Iconografía amarillenta: estas páginas quieren tener la lógica, más que de una ilustración, de una «poesía visual» (por lo demás bastante *legible*).

Título original:
LA DIVINA MIMESIS
© 1975, Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino

Traducción de
JULIA ADINOLFI

© de la edición española: ICARIA Editorial, S. A.,
de la Torre, 14 - Barcelona-6

1.ª edición, diciembre 1976

ISBN: 84-7426-000-0
Depósito legal: B. 48.751-1976

Producción: Ketres
Diseño de la cubierta: Loni Geest/Tone Hoverstad
Imprenta Juvenil, S. A. - Maracaibo, 11 - Barcelona-16

LA DIVINA MÍMESIS

Los primeros 2 cantos de la «Divina Mimesis»

Canto I

Alrededor de los cuarenta años,¹ me di cuenta de que me encontraba en un momento muy oscuro de mi vida. Hiciera lo que hiciera, en la «Selva»² de la realidad del año 1963, año al que había llegado, absurdamente imprevisto para la exclusión de la vida de los otros que representa la repetición de la nuestra, habría una sensación de oscuridad. No diría que de náusea,³ ni de angustia:⁴ más bien, para decir verdad, en aquella oscuridad había algo terriblemente luminoso: la luz de la vieja verdad; si se quiere, aquella ante la cual no hay nada más que decir.

Oscuridad igual a luz. La luz de aquella mañana de abril (o de mayo, no lo recuerdo bien: en esta «Selva» los meses pasan sin razón y por lo tanto sin nombre), cuando llegué (no se escandalice el lector) ante el cine Espléndid (¿o Esplendor? ¿o Esmeralda?). Estoy seguro de que antes, en cambio, se llamaba Plinius: y era uno de aquellos de los tiempos maravillosos —y yo

1. Pero esta nota y las siguientes no se han llegado a escribir.

no lo decía— cuando los meses eran verdaderos, largos meses, y en cada acto mío —aunque fuera arbitrario, pueril o culpable— era claro que estaba haciendo la experiencia de una forma de vida *con el fin de expresarla*). Una luz que los hombres conocen bien, en primavera, cuando aparecen los primeros de sus hijos —los más alegres, los más queridos— con las camisetas de verano, sin chaqueta; y por la Aurelia Nuova los Seiscientos de las familias burguesas de Roma se van silenciosos y ligeros —con los morros bajos como ratas atraídas por sus estupendos olores lejanos— hacia las primeras meriendas en los prados, hacia las eras con sus cercados de cañas y sus glicinas, hacia abajo, hacia el nebuloso y maculado Apenino...

Una luz feliz y maligna: entre los dos portales del cine, luego que doblé con mi coche desde el largo paseo al que se había reducido la vía Aurelia —Paseo de Gregorio VII, me parece— entre la feria de gasolineras dispersas al sol, y el mercadillo cubierto, el fondo, con sus pequeños cobertizos verdes, he allí abajo algo rojo, muy rojo, un altarcillo de rosas, como los que en los desheredados países umbros, friulanos o abruceses disponen manos fieles de mujeres viejas, viejas como fueron viejas sus viejas, dispuestas a repetirse por los siglos. Un altarcillo tosco, pero a su manera festivo, un apiñarse de rosas rojas que no sabría describir: y, cuando estuve cerca, entre aquellas rosas rojas, descubrí el retrato,

doblemente fúnebre, porque era el de un hombre muerto hacía dos días, un héroe suyo; un héroe nuestro. Los ojos a flor de piel, bajo la frente calva (una calvicie llena de dulzura de adolescente fermentado por lo bueno de la vida). La luz estaba allí, para iluminar rosas y retrato y banderas alrededor, tal vez, hacinadas en la humildísima solemnidad popular (¿obra de las mujeres de los militantes de la sección de Fuerte Boccea? ¿o de los militantes mismos, chóferes o albañiles, con sus grandes manos intimidadas pero inspiradas en aquella obra de rosas?).

Todo esto entre los portales de este cine Espléndido: centelleantes por la noche, ahora empobrecidos por la luz, por esta luz. Miseros portales de vidrio y metal: y aquí está por milésima, por millonésima vez, la opresión del corazón, el enternecimiento, el abatimiento, la lágrima. También la constatación de la miseria del lujo pequeño tenía la capacidad de desgarrarme.

Y ellos estaban allí, esperándome, junto con un viejo senador, con un nuevo candidato a la Cámara: negros y oscuros, como los campesinos que vienen a la ciudad por negocios, y se reúnen todos en una plaza, que negrea, por su solemnidad, en el cegador vacío que el verano inminente va preparando entre casas y callejuelas. Y los saludos, los apretones de manos, las miradas de entendimiento y expectativa.

Y ahora estaban reunidos allí, en las filas de platea, que, también ella, oprimía el corazón, en

aquella luz matutina (la luz de las tiendas, los tejados, los paseos, no de los cines) en aquella sala de nombre espléndido —y que era el espléndido lugar de reunión de su rincón de barrio, en la larga serie de noches en que la vida marcha sin banderas.

Mientras, a todos ellos, a todos nosotros, nos alegraba el hecho que dieciocho nuevos chicos se hubieran apuntado a nuestro partido, después de un mitin del partido gobernante: esa alegría que es como la de los tragos tomados juntos, una alusión al verificarse, fatal, de ciertos hechos cuyo acontecimiento habíamos esperado juntos y seguido juntos, y ahora saludado juntos como un éxito: y aquel éxito me oprimía el corazón.

El corro miraba el centro de sí mismo, excluía al mundo.

(Que andaba allá, fuera, como lo demostraba con claridad evidente la cúpula semiabierta del techo del Espléndido: un azul de seda, apenínico, con aire de mar).

El entarimado de los años cuarenta; las banderas de los años cuarenta; el micrófono de los años cuarenta; todo tambaleante, de manera vieja, de almacén, clavado con cuatro martillazos, y recubierto de pobre tela roja. ¡Que oprimía el corazón!

Oscuridad sobre oscuridad. Yo estaba allí, enfrente a unos obreros: vestidos de fiesta, de oscuro los padres, los hijos con unas camisetas

claras —rojo granate, amarillo canario, naranja dorado, que estaban de moda aquel año—; allí estaba la cara del desdentado, diputado en certidumbres como un hincha con su *cucciariello* *; la nota humorística que hace cotidiana la fe: su sitio está en el centro de la platea, y su silla parece la más alta de todas. Cuando aplaude, con la boca desdentada que se abre en una sonrisa tradicional, es señal de que hay que aplaudir; y alegremente. El corro mira hacia aquel centro suyo lleno de certidumbre: el mundo está fuera, radiante e indiferente. Y el corazón se desgarrá.

Estoy aquí, pues: para enumerar como *único* dato bueno del mundo en que históricamente experimento el hecho de vivir, la existencia de estos obreros (que oprime el corazón).

Ah, no sé decir, exactamente, cuándo ha empezado: tal vez desde siempre. ¿Quién puede fijar el momento en que la razón empieza a dormir, o mejor a desear su propio fin? ¿Quién puede determinar las circunstancias en que empieza a salir, o a volver allá donde no era razón, aban-

* N. de T.: Término desconocido, presumiblemente de origen dialectal. Puede tratarse de un error gráfico de Pasolini que en realidad pudiera referirse a *cucciatiello*, palabra dialectal con la que se nombra una forma alargada de pan.

donando el camino que durante tantos años había creído justo, por pasión, por ingenuidad, por *conformismo*?

Pero nada más llegar, en aquel sueño mío fuera de la razón —de corta duración, y tan definitivo para el resto de mi existencia (así al menos lo imagino)— a los pies de una «Colina», en el fondo de aquel terrible «Valle» —que tanto me había llenado el corazón de espanto por la vida y por la poesía— miré a lo alto, y vi allí, en la cima, una luz, una luz (la del viejo sol renacido) que me cegaba: como la de la «vieja verdad», sobre la que no hay nada más que decir. Pero que llena de alegría el hecho de haberla encontrado de nuevo, aunque ella sí, realmente, lleve consigo el final de todo.

A la luz, fatal, de aquella vieja verdad, se me calmó un poco la angustia: que había sido el único sentimiento real durante todo el período de oscuridad, al que mi camino, ¡*justo!* me había llevado fatalmente.

Como un náufrago, que sale del mar, y se agarra a una tierra desconocida, que volvía hacia atrás, hacia toda aquella oscuridad, devastada, informe: la fatalidad de nuestro ser, de nuestros caracteres nativos, el miedo de cambiar, el temor del mundo: del que nadie pudo nunca escapar, poniendo a salvo su propia entereza.

Descansé un poco, no pensé, no viví, no escribí: como un enfermo: después empecé a andar otra vez (es la vieja historia). Hacia arriba por la

cuesta desierta, donde verdaderamente podía decir que estaba solo.

Solo, vencido por los enemigos, aburrido superviviente para los amigos, personaje extraño para mí mismo, me arrastraba hacia aquel nuevo absurdo camino, trepando por la cuesta como un niño que ya no tiene casa, como un soldado perdido.

Pero he aquí que en seguida, pocos pasos después de mi solitario y desalentado subir, estaba ella, salida de los escondrijos comunes de mi alma (que con ahínco seguía pensando, para defenderse, para sobrevivir, ¡para volver atrás!), allá estaba la bestia azul y sin escrúpulos, cambiante como un camaleón, de tal modo que sus colores que cambian son siempre los de antes. Los colores externos, en primer lugar: aquellos encontrados al nacer, y objeto en seguida de un afecto tremendo, que de verdad no quiere verlos cambiar. Y después los interiores, a imagen y semejanza —a causa del error de la lealtad infantil y juvenil— de los del mundo. El color de la pureza, sobre todo, de la elevación moral, de la honestidad intelectual, ¡malditos colores pintados por la ilusión!

Así, la «Onza» (en la que, en seguida, me reconocí sin dificultad), con todos aquellos colores que le manchaban la piel, no se apartaba de mis

ojos, como una madre-muchacho, como una iglesia-muchacho. Es más, con una fuerza terrible —la de la verdad, la de la necesidad de la vida— me impedía seguir por mi nuevo camino —escogido no por voluntad mía, sino por falta de cualquier voluntad— y en el cual no hay ninguna necesidad de mixtificación, porque se está *solo*. Y yo, mixtificador, es más, sutilísimo caso de mixtificación, a causa de mi despilfarro de sinceridad honestamente querida, más de una vez he estado a punto de rendirme y de volver atrás al prepotente, al estúpido, al vulgar mundo apenas abandonado.

Pero he aquí que se adelanta, junto la «Onza», el sueño y la ferocidad reunidos bajo una única forma de «León»: que, aunque pelado, hediondo de establo bestial, perezoso, cobarde, prepotente, estúpido, desprovisto de cualquier interés que no fuera holgazanear, él solo, y devorar, él solo, tenía, a pesar de todo, la potencia del que no conoce el mal, siendo por su naturaleza bien aquello en que él mismo enteramente consiste. De su ser sueño y ferocidad, egoísmo y hambre rabiosa, el «León» sacaba una inspiración de vivir que lo distinguía, con violencia hasta brutal, del mundo exterior. El cual le hospedaba casi temblando.

La idea de sí es sinrazón: y cuando se expresa destruye la realidad, porque la devora.

Además el saber devorar da una seguridad por la que es difícil abstenerse de utilizarlo: abstenerse de entrar en el mundo por medio de tal

ciencia, y de instalarse en él, como un rey, prepotente poeta. Aunque sólo en parte, también en aquel «León» me reconocí, como en un desproporcionado signo premonitorio.

Pero tenía que reconocermé aún en algo peor. Desde el silencio en que se está —determinación incontrolable o fenómeno que poco a poco se forma, fuera de los obstinados e ingenuos retratos que el hijo durante toda su vida ofrece de sí mismo— salió una «Loba», que se colocó al lado de las otras dos bestias. Sus rasgos estaban desfigurados por una mística flaqueza, la boca chupada por los besos y los actos impuros, pómulos y mandíbula alejados uno de otra: el pómulo arriba, hacia el ojo, la mandíbula abajo, sobre la piel reseca del cuello. Y entre uno y otra una cavidad oblonga, que hace salir la barbilla casi en punta: ridículo como toda máscara de la muerte.

Y el ojo seco como un espasmo; tanto más abyecto cuanto más parecido a los espasmos de los santos: una aridez alucinada, que allí donde posa su luz parece pegarse como cola que gotea de la pupila redondeada, ahora demasiado directa, ahora huidiza; y en medio la nariz, abultada en su piel y sus agujeros, sobre el labio superior casi desaparecido, por consunción: la nariz humana de la bestia que hace de sí misma conejo de Indias de sus propios apetitos, que son, al cangrenarse, cada vez más naturales.

Aquella «Loba» me daba miedo: no por la degradación que representaba, sino por el simple

hecho de ser una aparición, casi objetiva: la definición de uno mismo, un «ecce homo», por así decirlo, de cuya realidad el conocimiento no puede de ninguna manera evadirse. Su presencia era tan indiscutible que quitaba cualquier esperanza de poder llegar alguna vez hasta aquella cima misteriosa que veía ante mí, en el silencio. Me había puesto en camino tan de buena gana —estéril, sin vivir, sin escribir, y sin embargo, precisamente por la falta de todo lo que no fuera «abominación de la desolación», presa de una nueva forma de vitalidad— que ahora, el deber acreditar en presencia de aquella bestia sin paz una fuerza insuperable— me provocaba una angustia que me volvía impotente. Me rechazaba atrás la tentación de volver allí donde no se exige, en el fondo, más que callar.

Y mientras me derrumbaba hacia abajo, justamente por mi antigua victoria sobre un mundo al que pertenecía sin ninguna razón para considerarme más alto, desprovisto ya de la autoridad de la poesía, y reducido a la ignorancia por las largas asiduidades obscurantistas, prácticas y místicas, he aquí que se me apareció una figura, amarillenta por el silencio, en la que una vez más tenía que reconocerme.

En cuanto la divisé —en medio de toda aquella soledad, de aquel olvidadero, al que había que-

dado reducido— grité: «Piedad, por favor», como en los sueños, cuando toda dignidad se pierde, y quien tiene que llorar, llora, quien tiene que pedir piedad, pide piedad. «¡Mira en qué estado me encuentro, mira, aunque no sé si eres una supervivencia o una nueva realidad!»

«Ah —dijo, mirándome con una sutil pero innatural sonrisa en sus ojos hechos para ser serios— tienes razón, soy una sombra, una supervivencia... Estoy amarilleando poco a poco en los Años Cincuenta del mundo, o, mejor dicho, de Italia...» Y aquí volvió a sonreír, irónico, ligeramente neurótico: pues la única luz posible de sus ojos eran la seriedad o la pasión: ojos tibios y castaños bajo el pómulos pronunciado, la mejilla delgada e infantil, la boca con su fea sonrisa llena de dulzura: estirada por la mueca de embarazo de quien tiene que hacerse perdonar una antigua culpa. Así, con aquella sonrisa que le desfiguraba, se parecía un poco a un pobre bandido astroso y sucio. Y dijo: «Soy del Norte: en Friuli nació mi madre, en Romaña mi padre; viví mucho tiempo en Bolonia, y en otras ciudades y pueblos del valle del Po, como está escrito en las solapas de aquellos libros *de los Años Cincuenta, que se van poniendo amarillos conmigo...*» Y aquí tuvo otra sonrisa de desdentado, aunque no le faltara ningún diente. Pero cuando la sonrisa dejó, bien o mal, de estirarle los labios sobre la sombra de las extremidades hundidas del arco amarillento de

los dientes, un aire de ingenua nobleza le invadió todo el rostro.

«He nacido bajo el fascismo, aunque era todavía casi un niño cuando cayó. Y viví después mucho tiempo en Roma, donde, por lo demás, el fascismo seguía con otro nombre: mientras la cultura de la burguesía exquisita no daba señales de ponerse, yendo pareja (¿se dice así?) de la ignorancia de las inmensas masas de la pequeña burguesía...» Sonrió, sonrió una vez más, como un culpable, como si quisiera atenuar lo que había dicho, o quisiera disculparse por la genericidad a la que había sido obligado por las circunstancias, o incluso por su angustia.

«Fui poeta —añadió, con rapidez, como si ahora quisiera dictar su propia lápida—, canté la escisión de la conciencia, de quien ha huido de su ciudad destruida, y va hacia una ciudad que aún tiene que construirse. Y en el dolor de la destrucción mezclado con la esperanza de la fundación, agota oscuramente su mandato...» Me miró un momento, como se mira ya no a una víctima a la que hay que ayudar, sino a un alumno, o a un entrevistador. «Por eso —añadió— estoy destinado a ponerme amarillo tan precozmente: porque la llaga de una duda, el dolor de una laceración, se transforman pronto en males privados, de los que los otros justamente se desinteresan. Y además... cada uno tiene un momento solo, en la vida...»

Tuvo una gota, todavía, de sonrisa maliciosa y dolorida en el ojo incapaz de sonreír, luego, con

aire amistoso, añadió: «Pero tú, ¿por qué quieres volver atrás, entre aquella degradación? ¿Por qué no sigues subiendo por aquí arriba, solo, como es tu destino estarlo, y lo estás?»

Le miré. Tanta amabilidad, tanto deseo de prestarse y ponerse a disposición, en aquella situación, me animaba. Mi socorredor era mísero, diminuto: no era ni padre, ni hermano mayor, no tenía la majestad consoladora de quien representa la autoridad; todo lo más podía ser un guía de montaña. Pero, ¡cielo santo!, en una circunstancia como aquella, en la que mi vida parecía implicar cielo y tierra, ofreciéndose como una gran fábula edificante, hasta una experiencia del más allá, una ascensión por las laderas místicas con una paradisíaca luz de sol —como ocurre a los santos cuando ya son personajes de sus canciones sagradas—, en una circunstancia como aquella, ¡podía haberme ocurrido un encuentro un poco mejor, o, por lo menos, más novelesco! Todo estaba dispuesto para esto, me parecía: todo hacía presuponer un gran guía, surgido por los caminos de lo necesario, con el resplandor de la poesía, desde el fondo de mi historia, de mi cultura. Podía ser, por ejemplo, Gramsci mismo..., él, salido de su pequeña tumba del Cementerio de los Ingleses en el Testaccio, con su espalda de pequeño, erguido Leopardi, la frente rectangular de la madre sarda, la cabellera un poco romántica de los años veinte, y aquellas pobres gafas de intelectual burgués... O bien, jeso es, podía tocarme Rimbaud, mi Rim-

baud de los dieciocho años, mi coetáneo, y castrador, con su destino y su lengua ya divinos, como los de un clásico que además fuera hermoso y cubierto de lazos como Alcibíades, y no para hacerle el amor, sino para admirarle con toda el alma infantil... O bien, por último, podía ser Charlot...

No tenía, en cambio, delante de mí más que a él, un pequeño poeta de los Años Cincuenta, como él mismo amargamente decía: incapaz de ayudarse a sí mismo, mucho menos a otro. Sin embargo, era claro que en todo el mundo —en mi mundo— no habría podido encontrar otro guía que éste, aunque fuera tan mísero, tan —¿cómo decirlo?— pueblerino, tan tímido.

«¡Ah, eres tú! —dije entonces—, ¡te reconozco, te reconozco! Eh —y diciéndolo me puse colorado, no por el vicio confesado, sino por el hecho de que, una vez más, me confesaba— te he querido mucho. Me has parecido siempre, en el fondo, tengo que admitirlo, el “más alto de los poetas de nuestro tiempo”, su verdadero guía, en efecto. He leído y releído tus volúmenes, con gran satisfacción: ¡que me valga ahora, para salir de este “impasse”, ah, ah, ah —reí— el largo trabajo crítico que he hecho sobre ti, bajo el signo, sin prestigio social, del narcicismo! ¡Tú eres aquel cuyo estilo ha sido para mí razón de afirmación y éxito!»

Miré —aturdido por el desagradable trauma de esa enésima confesión, por el mal gusto de la repetición de una conciencia ya sin más novedades— miré a mi alrededor: y, de las tres bestias, la que más me asustó fue la «Loba» de mística flaqueza (con su carne devorada por la abyección de la carne, hedionda de mierda y de esperma).

«Necesito tu ayuda —balbuceé, inseguro como no lo había estado nunca en toda mi vida— porque esta bestia puede acabar por quitarme la fuerza y la voluntad de expresarme. Y no puedo aguantar ni siquiera la idea de dejar de ser escritor.»

«Hay que cambiar de camino —me dijo él entonces, con su asustada sabiduría, intentando corregir la gravedad de lo que decía con los tonos de una lengua mundana y la mayor banalidad posible— si una situación parece peligrosa o indigna.» «Con esta bestia cuya presencia te pone quejoso, no se puede bromea mucho...», siguió: yo sentía su constante corrección lingüística, y me conmovía; porque comprendía que, al igual que la ironía, no esta hecha para él, campeón de la seriedad, de la pasión, del rigor del dialecto... Ahora estaba utilizando la lírote: la atenuación. Aprendida tal vez en su trato con los literatos coetáneos suyos. En el fondo, en el fondo... sí, era una actitud burguesa: el miedo de decir la verdad en la sublimidad de la expresión frontal, la nece-

sidad de ofrecerla casi a escondidas, con inteligencia, *hablando de otra cosa...*

«Es una tenia. Y tú lo sabes. La repetición de un sentimiento llega a ser obsesión. Y la obsesión transforma el sentimiento...» Sonrió, burlándose de su propio tono didáctico, y precisando humildemente: «Como la repetición de una palabra en las letanías... Repetición que es pérdida de significado; y pérdida de significado que es significado... Exaltante... ¡Ah, ah, ah!» Le miraba reírse en el silencio de la «abominación de la desolación», en el olvidadero.

Dejó su pobre, inocente, risa niña de conocedor del estilo, y continuó manteniéndose constantemente en el tono de la lengua hablada. «Repíte hasta el infinito la palabra sexo: ¿qué sentido tendrá al final? Sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo... El mundo se transforma en objeto de deseo de sexo, ya no es mundo, sino lugar de un solo sentimiento. Este sentimiento se repite, y junto consigo repite al mundo, hasta que acumulándose se anula... Del mundo queda sólo la proyección milagrosa... Una vez que la Obsesión se ha hecho religión, hay que ver con quién se casa. Pero, mientras, la Religión, la Instituida, ya ha hecho todas las bodas posibles. Y todavía hará alguna otra. Su deseo no tiene fin: ya tendrá machos... Hasta que encuentre a uno que lo tenga tan grande que la matará. ¡Ah, ah, ah! Este tan bien dotado, no será dueño de fábricas ni de cadenas de

periódicos, ni poseerá feudos en el Sur, sino que sus riquezas serán espíritu empresarial, capital de papel y patria multinacional. ¡Ah, ah, ah! Será él la salvación del mundo: que no se regenerará en absoluto por las muertes absurdamente heroicas a las que está destinada la humilde juventud de siempre: los muchachos de Regio o de Palermo, los adolescentes cubanos o algerinos, Grimaud y Lambrakis... Él la echará en lo más profundo del Infierno, desde todas las Ciudades de Occidente donde sigue reinando, al servicio de los que lo preceden y de los que será histórico heredero. Por tu bien, ahora, lo mejor me parece llevarte a un lugar que no es sino el mundo. Además, tú y yo no iremos, porque el mundo acaba con el mundo. Por lo que hace a las perspectivas de la Esperanza (por la que se muere) y a los proyectos de Aquél que vendrá, yo soy prematuro para sus leyes. No estoy, pues, autorizado a conducirte a aquellos dos Reinos: el uno, en efecto, esperado, el otro proyectado.»

«No tengo elección —dije—, voy contigo.» Él me miró un instante, examinándose, tímido y rígido, de soslayo, con el ojo húmedo sobre el pómulos consumido. Después se movió, y yo le seguí.

Canto II

Yo le veía caminar delante de mí, por la cuesta cubierta de hierbas malas e inocentes: en uno de los lugares del mundo, en que todavía, con todo lo que ha pasado, lo que cuenta es la hierba —los matojos de hierba acumulados por la primavera como manadas de mendigos, con acres olores gitanos en la pureza compacta de las épocas agrestes— la retama, inmortal, la pobre acacia pasajera —que sólo en aquel momento del año gozaba de su triunfo: de grandes, friables flores, apiladas una encima de otra, oliendo con la inverecundia de los estúpidos, de los inocentes —o los saúcos, bien calientes, las transparentes mimosas— y los demás árboles puros: la morera, la vid, la encina —y esos otros un poco más misteriosos, frecuentes en las Tierras Bajas, el chopo, el aliso, el sauce —y el eucalipto, feroz con su cabellera gris rojiza, que recuerda otros climas—, la caoba, el mango, teñidos por la linfa de los que verdean sobre la muerte —o bien, las acacias de Kenia, rojas y verdes— y árboles de la canela, cañas de azúcar y puñados de palabras en la luz oceánica—, le miraba subir por aquellas cuestras

de los arrabales donde la luz de la noche caía como una tormenta.

No existía frontera, en aquella luz, entre hombre y hombre, entre los que allí abajo en los estupendos, y humildes reinos de la vida, llanura, aldeas, ciudades (que ahora eran un único triste bordado de luz) se abandonaban al triunfo del estar, como las flores de las acacias que ya se deshojaban, y olían a podredumbre: gloriosas también en esto, incluso aún más gloriosas.

Sólo yo estaba fuera de tanta gloria, de tanta melancolía.

Y una punta ardiente de lágrimas me hería el pecho con un dolor que se repetía idéntico desde los años más lejanos de la vida.

Sólo yo, marcado por una frontera: ¡desproporción, increíble, entre este pequeño yo y todo el resto del mundo tan grande, inagotable incluso en la nostalgia!

Vieja aspiración, acostumbrada a compilar mezclas de lugares, panoramas voladores sobre Italías y Europas, y otras costras del mundo, ¡ayúdame tú, como una mujer repudiada, que ya no sirve para nada, y, sin embargo, por cierta vieja amistad, sigue frecuentando a su marido cogido por otros amores (imposibles, si alguna vez los hubo, y ligeramente ridículos e infamantes) para prestarle los antiguos, indispensables servicios!

Ayúdame tú, en esta traición: en esta que es la peor de las arbitrariedades visionarias en que tú me has asistido tanto. ¡Ayúdame a dar cuerpo

a las abstracciones, que quieren ser tan nuevas, con la vieja concreción de la fantasía doméstica y elegíaca!

Basta: él caminaba delante de mí, indefenso. Y yo no podía evitar que se posara sobre su nuca, sobre sus espaldas esa mirada que acaba por humillar al que observa y al que es observado. Una apropiación indebida de la realidad ajena, que rinde aún más indebido el ahogo de piedad que después se siente por ello.

El caminaba ágilmente delante de mí, con una rapidez que podía ser la de un muchacho. Y era eso, sobre todo, lo que imponía una molesta sensación de piedad: era un hombre entre los treinta y los cuarenta años, un poeta al cual ya dedicaban estudios en las universidades, y por lo tanto aquel andar suyo deportivo, y muscularmente desenvuelto, tenía algo de abyecto, de exagerado: como si confesara sin pudor, y casi sin darse cuenta, algunas debilidades suyas... a menos que se tratara de una coquetería no menos penosa...

Porque en todo su cuerpo había algo de vergonzoso, de humillante: y por eso aquella salud juvenil suya, que se adivinaba en los gestos del subir por la difícil cuesta, detrás de la aparente delgadez y extenuación de su cuerpo, irritaba al que no le amaba, y daba lástima al que le amaba.

Y además aquella ropa: aquella ropa excesiva, dictada por sus posibilidades económicas en los famosos Años Cincuenta, comprada según el gusto, la moda, un poco plebeya, de esos años: una

chaqueta deportiva encontrada en una tienda de confecciones, de un extraño colorín que tendía un poco a oxidado y un poco a naranja; el cuello abierto de la camisa, ella también de confección, comprada en una tienda cualquiera del centro; los pantalones ligeramente arrugados, gastados y un poco cortos; los zapatos desgastados por la parte externa de los tacones, como los de quien anda algo simiescamente; y sobre todo aquellos calcetines cortos, horribles, con unos puntitos rojos, apretados por la goma un poco más arriba del tobillo. Caminaba ajeno a todo, delante de mí: hijo de un país pobre y burgués, poeta hecho poeta quién sabe cómo, quién sabe en qué rincón provinciano, en qué intimidad desgarradora, en qué mal vivida, noble mezcla de rebelión y conformismo.

Me dio un profundo desánimo. Precisamente el de la neurosis: un ver todo negro, alrededor, y un percibir las cosas, de repente, depauperadas, mancas, como maniqués o espectros llenos de helada melancolía. Y aquella noche, que bajaba alrededor, con la terrible y calma tibieza de un silencioso huracán...

Hice un esfuerzo, y conseguí hablar, con la voz que se me quebraba en la garganta, y con el mismo tono de protesta que tienen los niños cuando están a punto de llorar.

«¿De verdad tengo que seguir con esta Obra Barbárica, en la cual, la de los Dos Paraísos no es más que una teoría veleidosa e infantil?»: así,

rota, resonó mi pregunta, por lo demás en su acostumbrado envoltorio de autoironía. Y él:

«Claro: ¿por qué no?»

Se había vuelto hacia atrás, con el ojo como una sierpecilla alegre sobre el pómulo.

«No sé si *te das cuenta*... de que este viaje ya lo ha hecho, para decirlo prudentemente, aquel que "corruptible aún, a inmortal siglo fue". *Aparte del hecho* —añadí, descorazonado, escondiendo mi pereza bajo la argumentación mundana— de que a él le sostenía una *ideología de hierro* —dije exactamente así—, la más poderosamente unitaria de toda nuestra cultura, producto final de toda la Edad Media, etc. Y además, estilísticamente, ten en cuenta, tú que eres maestro en estas cosas, ten en cuenta qué caso único: el desplazamiento hacia arriba del punto de vista, que aumenta desmesuradamente el *número* de las cosas y de sus nombres, precisamente en el momento en que reduce y sintetiza todo...» Y en este punto añadí, siempre por razones de lítote: «Como diría un profesor universitario». Y seguí: «Bueno, en suma, quería decir simplemente... que repetir este viaje consiste en *levantarse*, y ver todo junto desde lejos, pero también en *agacharse* y ver todo desde cerca, por seguir expresándolo sin el menor pudor. Tú sabes qué es la lengua culta; y sabes qué es la vulgar. ¿Cómo podría utilizarlas? Ambas son ya una única lengua: la lengua del odio».

Él, con el ojo brillante como el pómulo, mientras arrancaba como un delantero centro por la

cuesta del mal prado, suspiró: «¡En vez de ensanchar, dilatarás!»

Comprendí, pero, poco convencido, dije: «Sí, pero...»: y quería decir: «¿Qué dirá la gente?» (esto es, las treinta o cuarenta personas a las que quiero, pero a las que, sin embargo, nada puede impedir que desconozca: incluso en sus lagunas, por ejemplo en su ignorancia de qué diablo de diferencia existe entre ensanchar y dilatar). Pero me corregí y seguí, murmurando apenas: «Asimetría, desproporción, ley de la irregularidad programada, irrisión de la cohesión, introducción gamberra de lo arbitrario... De todos modos...» Y aquí hice otra cita, salvándome triunfalmente, aunque sólo por pocos instantes, en la expresión ajena: «Digno de esto, ni yo, ni nadie me cree».

Después de haber gustado el fugaz sabor de la lengua vulgar, en seguida me desplomé otra vez en la vulgaridad de la «Lengua del Odio»: ¡la mía —históricamente mía—, la de mi tiempo, de mi padre, de mi madre, de mis profesores, de mis proveedores, de mis periódicos, de mi radio, de mi televisión, de mis cojones! Y dije: «¿No será una locura?»

Lo que quería lo desquería (sobre esto no hay duda), pero con el dolor negro, desollado del neurótico. Que ve el final de lo que ha empezado, y, al empezar, tiene el dolor desolador del final: el sentimiento de un adiós dado a las cosas aún antes de haberlas conocido, una nostalgia infernal de lo que apenas se tiene: algo que desgarrar como

una punta de lágrimas ardientes el pecho, la garganta.

«Si he entendido bien —dijo (¡en mi misma Lengua!)—, tú tienes un miedo horroroso. Y esto no te honra.» Y me miró con una mirada que era exactamente lo opuesto de lo que eran sus palabras: la palabra *miedo* corregida por aquel *horroroso* que la templaba haciéndola más tolerable y oportuna, las palabras *no te honra*, como reticencia para decir *te deshonra*.

Su mirada, en cambio, era sin «correcciones», llena de valiente amor.

Y en cuanto habló, ironizó de nuevo porque, ahí, en nuestro mundo no se puede hablar más que así: «La Fe me ha empujado hasta aquí; y la Fe ha sido empujada a empujarme por Él...»

Se calló. Ironizando, esto es subrayando dos palabras con mayúsculas, se puede decir todo; pero la mirada que aún lanzó sobre mí, en lugar de alguna elegante variante laica, mundana o exquisita, era tan desesperadamente pura: parecida a algo vagamente luminoso que persistiera en el paisaje sombrío de una lluvia invernal; algo que, en honor de la vida, y casi del cosmos, se obstinara en brillar en un poco de barro oscuro. Era tal vez la ciega tozudez de la poesía: su presencia material.

Tenía, delante de mí, la cara de un guerrillero condenado a muerte, que en la palidez del terror, conservaba —en el ojo moreno, en el pómulos vi-

ril— la dureza de su esperanza, ahora ya inútil para él.

Yo iba detrás de él, y miraba al suelo.

Miraba al suelo como quien debe abrigar, sin enseñársela a nadie, la ingenuidad de su fervor: una esperanza, un deseo (en este mundo inútil), que renace, exigiendo más pudor todavía. Entre nosotros, ¡ay de quien se descubre! Y con la cabeza gacha, caminaba, para esconder lo que, sin embargo, hace al hombre digno de su nombre.

Miraba a mis pies las flores que brotaban entre los hierbajos torvos e inocentes: yo era como ellas, las incrédulas de morir, y destinadas a una vida de pocos días. Florecillas sin nombre: inominadas, y tantas, todas iguales, sembradas por la casualidad a lo largo de las orillas del sendero cenagoso, todas iguales no sólo en su sublime e inasible forma, con su azul celeste por humildad casi blanco, con su blancura, por pobreza, desteñida en violeta o amarillo, como vino agudo, sino todas iguales en su ignorancia de la caducidad, de la vanidad: de la poquedad de su vida.

Florece en las que sólo había alegría, compartida entre miles y miles de pequeñas hermanas, sedientas de sol hermoso. Y ahora que el sol se ponía, derramando sobre ellas su triste humedad, ellas, asombradas, se encogían, todas a la vez: ¡pero alegres incluso en esto!

El que se presta humildemente a las verificaciones que el hombre hace de su difícil suerte, es, del hombre, el más tierno amigo. Y, sin embargo

—pensaba andando y mirando mis pobres zapatos que pisaban el barro—, me iré de aquí sin saber el nombre de estas flores, que durante tantos años fueron mis compañeras silenciosas.

Observo, en ellas, cuánto se me parecen: hermano indistinto, que tiembla, se asombra, vuelve a animarse con el sol, por la mañana, crédulo en la eternidad que la mañana roba una vez más al que se despierta, y vuelve a empezar, como un padre aplicado.

Florece en las amontonadas en una sola mata, miles de humildes gemelas con un hermosísimo vestido de fiesta, barato, pero con bordes y matices de una misteriosa preciosidad real. Débiles, pobreceñas, hechas de una sustancia poco más consistente que el polvo, o el hielo, que basta una nada para disipar.

Florece en las aisladas, o en grandes extensiones, cada una con su tallo, todo para ella, que misteriosamente se han instalado aquí, en una noche, llegando quién sabe de dónde, en esta hierba pisada sólo por los últimos rebaños, o por putas ya viejas, tristes, que piden poco dinero a los obreros que vuelven de la ciudad, a los hijos de los campesinos que viven en un campo sobre el que se amontonan los suburbios, más allá de la curva de un río, o la recta de una autopista.

Florece en las que vienen desde las regiones del pasado nunca muerto en el cosmos, y acampan allí, según el capricho del sol y del viento, como

tribus de gitanos que no eligen nunca los sitios en que acampar, sino que lo dejan al caso.

Yo también, como una flor —pensaba— nada más que una flor no cultivada, obedezco a la necesidad que me quiere cogido por la alegría que sucede al desánimo. Después seguramente vendrá todavía algo que me ofenderá y me destrozará: pero para mí, como para las flores de las demás primaveras, el pasado se confunde con el presente, ¡y un prado está aquí, y, a la vez, en el cosmos!

Miraba aquellos hombros delante de mí, encogidos en aquella chaqueta que oprimía el corazón. Y con este enésimo encogimiento del corazón —como de florecilla— le seguía. Él caminaba decidido, ensimismado, y yo iba detrás de él; yo también, ahora, tenía el paso de un guerrillero que va hacia los montes.

(1963)

Apuntes y fragmentos para el III canto

1

En aquel primer rincón de la Ciudad, se advertía en seguida todo lo que ella era. Resonaban alrededor mío diversas lenguas, pronunciadas por bocas ligeramente repugnantes, e incluso estupidamente dibujadas, como de bereberes, o galeses: gente de una raza poco familiar (como, por otra parte lo es siempre, en sus diversos lugares, el mundo, por funesta obsesión). Dialectos, o jergas, hablas de pobres o de ricos: eran las primeras palabras, como siempre, las que en seguida revelaban socialmente a los hablantes. Pero aquí los revelaban, en cambio, por así decirlo, bajo un aspecto asocial, espantoso.

Pregunté, ya satisfecho: «Maestro, ¿qué es lo que oigo?» «Aquí viven —me contestó él, también sosegado por su parte, pero no desprovisto de leopardina «inquietud»— los que han elegido como su ideal una condición por otro lado inevitable: el anonimato. La fatalidad, la gloria, la condena a ser “uno cualquiera”, o si lo prefieres (y veo que por ello sufres salvajemente) *ser como todos*. Pero ésta no ha sido para ellos una condición de verdadera inocencia. ¿Cuántos guerrilleros no

eran hombres y muchachos como todos? Y aquel su estar en el monte —aquel su fumar un último cigarrillo antes de morir—, aquel su sostener las armas entre las rodillas junto a un fuego —aquel su cantar en las raras noches de tregua—, aquel su esperar la paz lejana y aquel su saber que iban a morir— ¿no se incluían en los actos y en los días de todos? ¿Cuántos, de aquellos guerrilleros, no eran iguales el uno al otro? Mira sus fotos ya amarillentas. Eran pueblo. Eran juventud. Eran clase obrera.

»Éstos, en cambio, han hecho de su condición de igualdad y de falta de singularidad una fe y una razón de vida: han sido los moralistas del deber de ser como todos.»

Yo miraba a aquella gente con piedad, y con aquella nostalgia de la que mi guía me había leído en el rostro la «sombra de salvaje dolor». «¿Pero qué tienen para quejarse así?» pregunté. Ellos, en efecto (al contrario que en la vida) aquí eran infelices, lloraban, se quejaban. «Les hace sufrir —contestó— aquello a lo que han renunciado. No lo saben. Pero no se rechaza nada impunemente. Lo que da mayor placer a los hombres (aunque se trate de un falso placer) es el éxito. El que, ideologizando y codificando —sonrió— su propia impotencia, renuncia a él, sufre, naturalmente, el mayor disgusto. No son conscientes de ello; pues bien, sufren, a causa de ello, aún más.»

19

2

No me fue difícil darme cuenta de que en realidad toda aquella gente, por las calles de su mundo de empleados, de profesionales, de obreros, de parásitos políticos, de pequeños intelectuales, en realidad corrían como locos detrás de una bandera. Por las callejuelas medievales, o por las grandes calles burocráticas, liberty, o, finalmente, por los barrios nuevos, residenciales o populares, no se agitaban arrastrados —como parecía— por el orgasmo de la circulación o de sus deberes, sino que corrían detrás de aquella bandera. Se trataba, en realidad, de un trapo que se agitaba y se enrollaba obtusamente al viento. Pero, como todas las banderas, tenía dibujado en el centro, descolorido, un símbolo. Observé mejor, y no tardé en darme cuenta de que aquel símbolo no consistía en otra cosa que en un mojón de mierda.¹

1. Meditando, me dicen, sobre el Infierno, el hermano mío Shelley encontró que era un lugar parecido, poco más o menos, a la ciudad de Londres. Yo, que no vivo en Londres, sino en Los Angeles, meditando sobre el Infierno, encuentro que debe parecerse aún más a Los Angeles.

Nuestra pareja fue bajando, como una pareja de ciegos. Sabíamos bien, nosotros dos, qué era la Irrealidad, ya que vivíamos en ella cada día. Y precisamente por ello estábamos pálidos como muertos. Todos los gestos inauténticos, las palabras inseguras y genéricas, las vilezas, las omisiones: el saber cómo ser santos y no serlo.

Yo veía el color de aquellas mejillas: mi Conciencia tenía seguramente una mala digestión: o tal vez no estaba bien del estómago o del hígado. O estaba agotado. O todas esas cosas juntas. ¡Cuánto trabajo, y cuánta pasión, para al final no vivir, en todo el día, más que un solo instante de sinceridad.

«Maintenant c'est la nuit que je travaiñce. De minuit à cinq heures du matin»: yo veía, pues, en él ese color del trabajo insano. Y le pregunté que cómo iba a poder bajar junto con él, si él también, por lo general tan valiente —casi invulnerable— estaba contaminado por esa palidez que marca a los explotados, a los pobres, a los pasivos, a los cristos que se encuentran de repente sin vida después de no haber vivido nunca.

Contestó: «Esta palidez mía no es más que piedad por toda aquella gente de allí abajo, que vive en la confusión. Bueno, quizás sea una excusa, pero también es la verdad. En realidad, en mí la piedad es sólo el aspecto que toma la falta de libertad...»

2

Llegado a este punto pido perdón al lector por la proporción entre lo que quisiera decir y lo que sé decir. Pero no he podido retrasar más la redacción de este trozo de mi Drómenon. ¿Qué diantre tenía que esperar aún? Es cierto: con unos años de trabajo habría podido aumentar la cantidad de las cosas que sé: pero nuestro saber es una forma. Y la forma de mi saber —por más cosas que aprenda todavía, por más experiencias que añada— seguirá siendo la misma.

Todos los poetas se han quejado siempre de su poquedad, pero ingenuamente: porque el haber sido muchachos y el haber vivido en provincias determinan de manera sustancial la forma del saber de un hombre:

De profundis, Domine, suis-je-bête!

Ahora bien, la forma de un saber se manifiesta como ritmo. Y este ritmo, en una prosa, en una

poesía, se repite siempre igual. El saber poco es ingenuidad y orgullo mezclados juntos. La ignorancia es un terror infantil. De las mil miradas que se lanzan alrededor, al mundo —angustiadas, vitales, interesadas e ingenuas como las de los perros— sólo pocas tienen valor: y se pierden en nuestra avidez de animales, que, detrás de su silencio no tienen intereses de hombres civilizados, sino de pobres hombres necesitados, con privadas adolescencias de pequeños burgueses y de obreros. Sólo al hablar manifestamos el saber: en el silencio no sentimos más que una ingenua y vergonzosa avidez (justamente sin forma). En silencio adivinamos algo: al modo ingenuo de un muchacho que se siente inferior, y envidia a los animales y a los antepasados. Sueña que es ocioso y brutal, que vuelve de África con miembros de acero, la piel morena, la mirada audaz. Adivinamos cierta condición general del hombre, que interesa a todo hombre. Pero es poco. Contra nuestro íntimo conformismo sólo luchamos, en realidad, a ratos y con pereza. Nunca de verdad lo hemos analizado antes y rechazado después punto por punto. Nuestro íntimo conformismo encuentra oposición sólo en una fuerza misteriosa, en una gloria de vitalidad, idolatría y amor al sacrilegio.

Odiarnos el conformismo de los demás porque nos impide interesarnos por el nuestro. Cada uno de nosotros odia en el otro como en un lager su propio destino. No toleramos que los demás tengan vida y costumbres bajo otro cielo. Quisié-

ramos siempre que algo externo, como por ejemplo un terremoto, un bombardeo, una revolución, rompiera las costumbres de los millones de pequeños burgueses que nos rodean. Por eso nuestro verdadero, absoluto héroe ha sido Hitler. Él ha sido el diputado de los Rimbaud de provincia, que se han paseado por el empedrado de sus ciudades, con la misma arrogancia con lo que otros jóvenes pequeñoburgueses —y sobre todo los que de trabajadores estaban a punto de llegar a ser pequeñoburgueses— han aceptado el conformismo de sus padres. Convencimientos y costumbres; miedos y violencias; trabajo y fiestas; patrias e iglesias. Hitler ha realizado los discursos —dulces e hipotéticos, fanáticos y confusos— mezclados con las pequeñas estelas verdes de las luciérnagas que indicaban tibieza bajo las oscuras vides; o con las voces de los chóferes en las plazas polvorientas, que indicaban nostálgicamente una capa de humedad en los escalones de piedra de los monumentos...

Hitler, nuestro héroe horroroso, encarnación de los muchachos desgraciados, que habrían querido detener el sonido de las campanas detrás de los campos de maíz, o las sirenas en el fondo de perspectivas de pórticos municipales —para que la pequeña burguesía dormida se despertara, corriera a la calle para repetir, *malgré soi*, los sufrimientos creadores de Cristo.

Me disculpo, pues, con el lector —que con razón está impaciente— por no haber sabido pre-

sentarle una visión del mundo confortada por la sabiduría o por el extremismo que yo quisiera.

El Infierno que me he metido en la cabeza describir ha sido ya simplemente descrito por Hitler. Fue a través de su política como la Irrealidad se ha mostrado verdaderamente en toda su luz. De ella los burgueses han recibido verdadero escándalo, o, me avergüenza decirlo, han vivido la verdadera contradicción de su vida.

Hitler ha sido fruto de los hijos poetas de los burgueses, que han tenido un sueño mucho más verdadero, más grande y más terrible que lo que ellos eran capaces de hacer (también los poetas hijos de Hebreos). Es verdad: poetas no menos grandes, han sufrido y sufren por todo esto, y quisieran para los hombres una Alemania y una Europa verdaderamente y del todo inocente; también mezquina y humilde, porque mezquina y humilde es la gran vida del hombre. Pero los primeros poetas, los que soñaron los exterminios entre los barracones, los montones de cuerpecillos bajo los balandranes, y los cabellos en los cráneos de los cadáveres movidos por el airecillo de las paces fluviales y del verde del norte, eran los que llevaban razón, porque la primavera ha traído siempre y siempre traerá la risa espantosa del idiota.

3

¿Dónde había visto yo algo parecido a aquel jardín lleno de poetas, que ahora tenía ante mis ojos? Desde luego que lo había visto: y si no me equivoco, si la memoria no miente por algún impedimento que no conozco, se trata de la villa de S., a unos kilómetros de Praga.

Era una villa del Dieciocho, construida por príncipes bohemios: no conozco otros datos, ni los diría si los supiera, porque creo que en este caso la exactitud real consiste precisamente en la ambigüedad. Aquel era, en efecto, un lugar ambiguo: podía ser bohemio, como realmente lo era, y como lo declaraba el triste campo, todo él un enredo de delgadas ramas precozmente secas, pero también podía ser parisiense, o italiano del Norte. Había una alta, elegante, pero anónima tapia, hacia la carretera nacional, en la cual, más adelante, se levantaba uno de aquellos pueblos agrícolas a los que el hecho, precisamente, de encontrarse en un camino de mucha circulación, ha transformado desde hace siglos en un lugar de parada: arrancándolo a la melancolía de las extensiones campestres y a su doloroso olor a hielo. Más allá de esta tapia y de su cancela, había primero un gran patio (cubierto por parterres simétricos de un verde intenso pero pálido), cuyo color general era rojizo descolorido, el de los pequeños

ladrillos que fueron de color sangre de buey, y que ahora están desteñidos en un color sangui-nolento, ligero y sensual —sueño esculpido en las córneas de los siervos. En el fondo de este patio, se levantaba la villa orientada al Norte. Se levantaba con su lujo profundamente atenuado por quién sabe qué timidez (arraigada en los corazones del que la había pagado y del que la había proyectado. Aunque era una casa de campo, tenía la severidad de una especie de convento: y detrás de sus altas paredes de civilización ilustrada parecía esconder oscuridades de almas exacerbadas por misteriosos dolores procedentes de la riqueza).

Más allá de la villa se extendía el jardín propiamente dicho: cuyos límites eran el campo desierto y el cielo.

Ese jardín consistía en un infinito juego geométrico de parterres redondos y ovalados, y de plantas rizadas, quizá enebros, entre arbustos perennes nudosos y recogidos en sí mismos como en un espasmo tranquilo.

Aquellos senderos, aquellos parterres estaban llenos de poetas, que, aprovechando un poquito de sol, se paseaban y charlaban dulcemente y sin compromiso, en espera de sentarse a la mesa.

Eran poetas checos y poetas eslovacos, y, entre ellos, algún poeta italiano huésped de la villa: que era, precisamente, una villa para poetas.

En un lugar italiano análogo (por lo menos según mi personal experiencia) una reunión pa-

recida habría tenido un aire, en su fondo, profundamente vulgar. Con sus trajes buenos de empleados —obligados a este segundo trabajo para ganarse la vida— los poetas italianos habrían tenido, en una reunión parecida, más apariencia de empleados que de poetas.

También allí su condición de pequeños burgueses les habría determinado fatalmente; y habrían tenido todas las timideces, los miedos, las avaricias, las ansias, los humores, buenos y malos, de las personas económicamente parecidas a ellos. Y, puesto que la pequeña burguesía es vulgar, tampoco ellos habrían podido ser sino vulgares. Además, en una reunión parecida habrían sentido —y especialmente los eventuales poetas comunistas— que habrían alcanzado una meta mundana, aunque modesta: y así su vulgaridad, inconsciente, habría oprimido el corazón.

Aquí, en cambio, entre estos poetas bohemios o eslovacos, la piedad, si la había, era distinta. Sus figuras económicas eran las de poetas y basta, porque el Estado los consideraba tales, y tales los calificaba. Su sociedad no les obligaba a hacer otro trabajo para ganarse la vida. Tenían la seguridad necesaria para la vivienda y la comida, para los gastos extraordinarios y las enfermedades. Y sin embargo, también esas figuras económicas eran míseras: ellas también, pues, «oprimían el corazón». En cuanto un hombre representa —con su propio físico— su modo de ganarse el pan, suscita piedad. Y entonces él se defiende de eso, y

para defenderse busca otras metas que no sean el pan. Metas humanas que le salven de su condición de productor de mercancía, que, valorada en oro, le hace vivir siempre, de todos modos, como un pequeñoburgués. Y entonces toman cuerpo, como en las pesadillas, los detalles delezna- bles de sus géneros de consumo, su chaqueta, sus pantalones, sus zapatos indefensos ante las miradas dirigidas a sus pies prosaicos, que ninguna poesía podrá nunca rescatar, su corbata, su camisa, ay, ligeramente rozada en el borde del cuello, y comprada en alguna tienducha esnob de la ciudad, o en algún gran almacén luminoso igual para todos (lo que es una crueldad intolerable). La pobreza pequeñoburguesa hace vulgar así al pequeño poeta, y también al gran poeta todavía no reconocido y celebrado.

4

La verdad que no se consigue decir (como los antiguos no conseguían contar los sueños porque los creían algo distinto de lo que son en realidad) es esta: cada uno de nosotros es físicamente la figura de un comprador, y nuestras inquietudes son las inquietudes de esta figura (así como nuestros pánicos son los pánicos de nuestros sueños). El mundo de los hombres tal como nosotros lo conocemos en nuestra vida moldeada por la ma-

yoría, es un mundo de compradores. Todo lo que necesitamos para manifestarnos es comprado. Pero la verdadera mirada que nos observa a nosotros los compradores no es la mirada de otro comprador. Sólo en algunos momentos esa mirada es también nuestra mirada: pero entonces se trata de una adivinación, cuyo valor no es ni establecido, ni reconocido por nadie. Por eso nuestra experiencia vital sigue siendo la experiencia del que se revela a través de su humilde compra. En los casos mejores, sin embargo, conseguimos hacer de esta experiencia de ilusos, una experiencia real: esto es, conseguimos identificar la experiencia de la figura del comprador que vive en nosotros con las experiencias de aquella figura irrealizada que se llama hombre. A menos que la figura del comprador no se sirva también de esa presunta identificación —a través de una maniobra que conocemos bien— para seguir viviendo en paz en ella. Las leyes que nos rigen han tomado forma en otro mundo que no pertenece a nadie. Porque somos siempre nosotros los que, si queremos, nos volvemos primero sicarios y catecúmenos, y luego maestros en la producción de aquellas mercancías de las que somos compradores. Al hacer esto experimentamos que no existe ninguna solución de continuidad entre súbdito y amo, entre trabajador y capitalista. Ningún ascenso borra *nunca* el estado anterior: así como el hecho de ser adultos no borra el hecho de haber sido muchachos. Al contrario, en cualquier caso son los *estados*

primeros, los más importantes y definitivos. También el que participa en la producción tendrá siempre los caracteres del consumidor. Volverá a sus primeras inquietudes. A su no pertenecerse. No es suya la mirada que mira a quien está presente y se expresa comprando sus mercancías.

5

El poeta vive el ansia de comprar en estado puro. ¿Por qué aquí, en este Jardín, no hay ni sombra de vulgaridad? Porque las figuras económicas son destrozadas por su ansia. El poeta, en realidad, quiere vivir todas las figuras económicas posibles, quiere a la vez la miseria y la riqueza. ¡Él no es un comprador! ¡Él es un productor que no gana! ¡Él es alguien que produce una mercancía que puede y no puede comprarse! ¡Y, si por casualidad se compra, no puede consumirse! ¡Peor que el plástico o el alquitrán o los detergentes! Comprador sin aspiraciones (su expresarse en verdad se basta a sí mismo) y productor sin compradores, o cuando menos sin consumidores, se pasa la vida viviendo las ansias —que permanecen en él— del que quiere comprar y del que quiere vender: pero en cierto estado incalificable. No pueden objetivarse porque ya no son históricas. Cosa de la que no está dicho que los poetas tengan que darse cuenta. Ellos manifestamente

viven ese caos. En una farsa en la que cada cual tiene su papel.

Hacer degenerar las ansias de la compra y de la producción de algo que es su pureza y su falta de función, este es el papel del poeta.

Si lo sabe, mucho mejor. Si no lo sabe, sabe otras cosas. De repente ves a un hombre distinto de los demás, que grita: «Curas, profesores, amos, os equivocáis entregándome a la justicia. No he sido nunca de este pueblo; soy de la raza de los que cantan en el tormento; no comprendo las leyes; no tengo sentido moral; soy un bruto...» Esas afirmaciones negativas son la exaltación negativa de la imposibilidad de poseer una figura económica. Por eso él va por las calles en las noches de invierno, sin asilo, sin vestidos, sin pan: y quiere oro. Y se tiene a sí mismo, sólo a sí mismo, por testigo de su gloria y de su razón. Ese testimonio, en cuanto es recibido y percibido por los demás, se vuelve naturalmente impuro: esto es, un pretexto para justificar a los consumidores normales ante sí mismos, tranquilizándose sobre la posibilidad de la libertad (realizada por un poeta que ellos, por si acaso, persiguen o corrompen).

Igual si es un mendigo que si es un señor, el poeta no pertenece ni a la figura económica del mendigo, ni a la del señor. No debe tener figura económica estable. Repito: ora tiene una, ora otra, ora todas a la vez. ¡Y naturalmente las sufre todas! Puede muy bien escribir unos poemas hermosísimos de dolor íntimo y civil, sólo por el

dolor real de no tener en el bolsillo un poco de dinero para cenar, o peor todavía, para comprarse un coche; cuando no es por el dolor de tener demasiado dinero de un padre rico.

La degeneración de su estado social hace que sus deseos lleguen todos a realizarse. Si sueña con ver muertos a sus coetáneos pequeñoburgueses, conformistas, seguros de sí mismos, cobardes, débiles, abismos de imperfección y de monstruosidad, chantajistas, feos, ignorantes, abanderados de una fe tonta, de un Cristo idiotizado y de una Patria de mierda —he aquí que su deseo se cumple, en un tiempo disonante y no cronológico, en seguida o cincuenta años después. Ciertos viejos burgueses —enamorado injustamente de la buena música— o propietarios de palacios dignos de la antigua Grecia, etc., de monstruos infames se transforman en gusanillos inocentes, aplastados, pisoteados, desnudos, hediondos; o al contrario, ciertos inocentes jóvenes rubios, ya no obreros y aún no pequeñoburgueses —y aún con toda la cruel integridad del muchacho— se vuelven torturadores miserables o verdugos.

Otras veces, en cambio, ocurre que las palabras de odio del poeta sean realizadas por una revolución, la que él soñaba.

Pero después naturalmente esa revolución es otra cosa: degenera, porque en realidad el sueño del poeta era impuro, nacía de abismos de dolor injustificado, digno del dolor de los burgueses en-

tre los que había nacido, y se transformaba injustamente en un ansia libidinosa de acción.

Sin embargo aquí, en este Jardín, no hay vulgaridad. La primera calidad del poeta es la elevación de su estilo, la pureza de su palabra. En eso consiste su testimonio de la Realidad. Y eso no tiene que parecer contradictorio con lo que he dicho, porque la Realidad está hecha también de Irrealidad (la Irrealidad horrenda de los pequeño-burgueses). La poesía es la única comunicación que se sustrae, no a las determinaciones económicas, a las que nada se sustrae, sino a toda determinación determinada: ya desde el momento en que el poeta, como he dicho, no se identifica con ninguna figura económica.

No pertenece a las cosas de las que se pueda hablar el prever, por lo demás, cómo, cuándo y por qué un ansia económica no se limita a hacerse —no digo conciencia revolucionaria— o misteriosa ansia de vida —y por lo tanto pensamiento y filosofía—, sino ansia de expresión. La Realidad se revela cuando le parece.

Aquí en este Jardín no hay literatos —porque los literatos están todos en el Infierno, y, como verás, sobre todo en los Círculos donde se castigan los pecados más típicamente burgueses y pequeño-burgueses. Sin embargo, aunque poetas, ninguno de los que están aquí ha tenido nunca miedo de la literatura. No se tiene miedo de las cosas cuando se es mucho más fuerte que ellas.

6

«¡Y sigue siendo la vida! —dijo— si la condenación es eterna. ¿Un hombre que quiere mutilarse también es condenado, verdad? Creo estar en el Infierno, por lo tanto estoy en él. Es el cumplimiento del catecismo. Soy esclavo de mi bautizo. Padres, habéis provocado mi ruina, y vosotros la vuestra...»

«Te asombrará —siguió— que yo, tu poeta (que ahora habla con el lenguaje de tu poesía) esté en el Infierno. Pero he pecado. Por otra parte el Paraíso es sólo un proyecto, y por añadidura doble. ¿Mis pecados? Bah, la carta que he escrito a Paul Demeny es la carta de un fanático cargante, que llegando directamente de la provincia, tiene de la vida civil una idea culpablemente salvaje.»

7

En el Jardín, en la blanda luz de las tres de la tarde que enmarcaba el ocio eterno de aquellas sombras de poetas celebrados, resonó —como un trueno parido por las alturas del mundo de los vivos— o tal vez por las profundidades de un Infierno excavado bajo el Infierno —una frase del

poeta soberano, como un epígrafe que no dejó ya de resonar en mis oídos de escolar: «He comprendido que ella pertenecía a su vida de cada día; y que su turno de bondad tardaría en reproducirse más que una estrella».

¡La madre! Ella era pues la reina del Infierno: ella, recogida, dulce, protectora y niña, todavía en la luz del Paraíso Terrenal.

8

El otro que llegaba —limpio de las señales del alcohol y de la gordura insana, purificado de todos los recuerdos demasiado próximos— también él pensaba en la madre: pero a través de su niño que había dejado en la tierra, el mayor —del que él mismo había llegado a ser madre.

Y, sin alcohol, sin gordura, sin anécdotas, era él, él mismo, él que tenía la cara joven de su primogénito, la cara limpia del muchacho, rapado, en un momento de fuerte y soñadora salud de su adolescencia. Y, en la medida en que se parecía a aquel hijo suyo imberbe, con el cabello un poco hinchado pero puro de los muchachos deportistas y barbáricos, él precisamente se parecía a su madre. Se había convertido en ella.

Y tanto más él —muriendo por deseo de morir, matándose por demasiado amor a la vida— había llegado a parecerse a su madre, cuanto más,

por el contrario, Rimbaud, delante de él, se había conservado furiosamente hijo, negando, por exceso de amor, a la madre. Renegando de sus simientes silvestres, frente a la buena vida de la Madre.

(1965)

28

1

Un indicador, nuevo flamante —la varilla de metal teñida de azul acrílico, el cuadro rojo— llevaba la inscripción algo deprimente: «Obra de Incremento de las Penas Infernales (O.I.P.I.) — Zona de los demasiado Continentes (o Reductivos) — Sector I: Conformismo».

«En esta zona —me dijo mi Guía, con vergüenza, como siempre, por el terror de caer en los vulgares datos de hecho, lo cual le trababa la Lengua del Odio, se le quebraba en la garganta— no verás castigos, en sentido figurativo, espectacular y simbólico... Los conformistas pequeñoburgueses han cometido también pecados mucho más atroces que el de ser conformistas... El conformismo fue simplemente el fundamento necesario de sus pecados, la premisa indispensable. Por conformismo, hubo... por ejemplo... hombres religiosos, practicantes... bienpensantes completamente entregados al trabajo y a la familia... que acabaron por hacerse las fundas de sus sillones con la piel de sus víctimas...» Casi exhausto por esa salida, *conformista a su manera*, esto es desprovista del ímpetu de la novedad escandalosa

—producto directo de una cultura, la de la Resistencia, que él sabía muy bien que se encontraba ahora ya en un estado de completa institucionalización— estuvo un rato callado, y, ceñudo y apenado, sacó del bolsillo de los pantalones un tubo de optalidón, y se tomó una píldora.

«Los que están condenados aquí, bajo estos carteles —explicó— sólo fueron pequeños burgueses por nacimiento, por definición social, etc. En realidad, ellos tenían, como se dice, los instrumentos necesarios para conocer su "pecado": *supieron cómo no ser conformistas, y lo fueron*».

Anduvimos por aquella hermosa carretera, elevada sobre la laguna: las barandillas de metal blanco, los puentecillos esbeltos sobre el limo, el firme cemento en el cual crecía, espesa e invencible, una hierba silvestre llena de ortigas.

«En este lugar —añadió lacónicamente el Guía— el único castigo es estar.»

2

Una barra parecida a la de los pasos a nivel de las vías férreas, o de las fronteras entre Estado y Estado, estaba bajada, en la carretera, con sus rayas blancas y rojas, recién pintadas, que aún olían a barniz.

Detrás de la barra, la carretera se ensanchaba, llegando a formar una inmensa explanada de

asfalto, de las que se extienden delante de los estadios o de las grandes piscinas, para el estacionamiento de miles y miles de coches: pero en las horas en que no hay partido; y es el crepúsculo, el vacío. Nada más que el asfalto y la inmensidad, colmados por la melancolía del sol que se retira, e hiere casi cegador las cosas próximas, mientras las lejanas se desvanecen en una claridad espectral que las hace vagas y sin límites.

Junto a la barra bajada, había una construcción de cemento, bastante sobria y elegante; detrás, hacia la extensión de la laguna, había incluso la apariencia de un jardín, a la inglesa, aunque triste como todas las cosas estatales. Delante de aquella construcción —oficina de aduana o cuartel— estaban las Diablas. Sí: en toda aquella nueva zona, que estaba a cargo de la O.I.P.I., como hemos visto, se estaban experimentando, en efecto, nuevos cuerpos de policía infernal femenina. Evidentemente la mansedumbre de los pecadores de aquel sector justificaba el experimento: se trataba en general de hombres de cultura, acostumbrados a quedar callados en los momentos de peligro, y a hablar, sólo hablar, en los momentos de relativa tranquilidad. Las Diablas, como todos los novicios, se tomaban su tarea muy a pecho. Sus ojos estaban cargados de una luz negra y enemiga, aún peor que la de los Diablos machos. El terror de ser inferiores a su cometido, las hacía, evidentemente, feroces.

Nos odiaron en seguida por la medida excep-

cional a la que las obligamos: esto es, a levantar las barras para que pasaran los extraños.

Abrieron, y nosotros entramos en la explanada, estacionamiento interminable sin un coche, perdido en la penumbra.

3

Allí estaba reunida una gran muchedumbre de gente, toda junta. Era la gran muchedumbre que, dispersa y dividida, en los largos anocheceres en que tardaban en encenderse las luces, se encuentra, precisamente, en las plazas, en los parques, bajo los castaños estivales de los paseos a lo largo de los ríos, en las azoteas de los áticos entre plantas crasas, ante las mesas de las terrazas de los bares de los barrios ricos; o bien en los interiores —ya recogidos en la paz de la cena o de la sobremesa inmediata— con las ventanas aún abiertas sobre la oscuridad del crepúsculo apenas cerrado amenazadoramente dulce.

Como apenas llegados de todos aquellos lugares —de las capitales, Roma, o Londres, o París, o de las grandes ciudades de provincia— toda aquella gente estaba amontonada junta, en la sombra indistinta, murmurando.

4

«¡Oh, Pasolini!», oí que me llamaban, igual que llaman entre el gentío o un cocktail; con amabilidad especial —la que alude a una relación particular, hace algún tiempo interrumpida, y ahora, precisamente, reanudada. Una alianza callada, y casi un poco clandestina. Me resultaba muy conocido el tono de dulce asombro de aquella llamada. Que, después de haberme excluido, me recuperaba con una mirada.

Y la mirada de las personas de las que podía haberme llegado, ligeramente aflautado o gorjeado, aquel hermoso «¡Oh, Pasolini!», era muy dulce. Pero de verdad auténticamente dulce. No era en el Sector de los Hipócritas donde me encontraba.

Se trataba de un grupo de mujeres. No, de señoras. Las miré con mi mirada miope, que, por timidez, se hizo hastiada, reacia, o, de alguna manera —por no reconocer— desagradecida.

5

«Toda esta gente —dijo el Maestro— ha pecado contra la grandeza del mundo casi por instinto. La reducción de todo ha ocurrido en ellos

por una especie de defensa... ¡Ah —suspiró— no eran capaces de contarse la gran fabulación... de hacer de Orlandos y de Don Quijotes —y sonrió, fatigado una vez más por su generosa incapacidad de utilizar la lengua corriente— y así fueron vas de reducción...»

Se le estiró la boca en la sonrisa de conversación mundana, pobre Maestro mío, impávido, levantando la banalidad a un nivel de gran cultura y de gran pasión. Y continuó, por pura amabilidad, por amor desinteresado del conocimiento:

«Es un pecado nacido con la pequeña burguesía después de la gran industrialización, después de la conquista de las colonias... Antes, la gente *era* pequeña: *no* quería serlo.

»En suma... toda esta gente, por miedo a la grandeza, es instintivamente falta de religión.

»Reducción, espíritu de reducción, es ausencia de religión: este es el gran pecado de la época del odio. Y así en ninguna otra parte del Infierno verás a tanta gente. ¡Las masas, amigo mío! Las masas, que han elegido como religión el no querer tenerla —sin saberlo.»

Llegó la Diabla con la cerveza. Hostil, la puso sobre la mesa, con el tiquet, y se fue.

«Habrás notado la gran cantidad de mujeres... Eh, por fuerza. En ellas la reducción, como se dice, es antigua como la especie: ellas defienden la raza, además de a sí mismas, pobrecillas. Y por eso en ellas el conformismo tiene siempre cierta grandeza. En el fondo, es su religión. ¡Pero

los hombres!» y los ojos se le llenaron de una melancolía parecida al espasmo de un dolor físico: era muy conocida la facilidad con la que se le oprimía el corazón; y ahora evidentemente el destino de aquellos hombres, que habían conseguido llevarse hasta la tumba, intacta, su pequeñez de burgueses... de vas de reducción... le trastornaba.

«Pues bien, lo que en todo esto me oprime el corazón es el pensar cuanto odio les ha costado la salvaguardia de su mezquindad. Los que has visto se han limitado a defenderla. Pero nunca en toda la historia se vieron pecados tan horribles como los que la burguesía ha cometido en este siglo, para defender su derecho a odiar la grandeza. Pienso en Buchenwald y en Dachau, en Auschwitz y en Mauthausen.»

Y una vez más su auténtica indignación era como desteñida y humillada por el envejecimiento sufrido por el paso de los Años Cincuenta. Pero la había. Y con ella, en ella, toda posible verdadera poesía.

Así estuvimos mucho tiempo en silencio, perdidos por la emoción que provoca la repetición —en especiales circunstancias o en especiales estados de ánimo— de alguna vieja verdad todavía buena.

Era difícil interrumpir la comunión que se había establecido entre nosotros en la indignación, mansa y cognoscitiva: cualquier palabra añadida habría sido inútil acompañamiento...

Pero hay que interrumpir siempre los encan-

tos; también los de la mansedumbre y del conocimiento, los más sagrados del hombre. Hay que hacer como el Cristo de los evangelios, que, apenas establecido un encanto —la pausa contemplativa después de una palabra que podía preguntarse sin fin y pensarse en silencio— establecía en seguida otro, que no daba paz, casi con crueldad.

«Más allá de este Motel, empieza una parte distinta de la Zona de los Reductivos. Un Sector saparado, como verás. En él, es verdad, también encontrarás a Reductivos —o Demasiado Continentes—, pero en ellos el error ha encontrado una explicación y una conciencia: se ha elevado de alguna manera a la dignidad de religión. Es, sin embargo, una religión degradada, porque, como te será fácil entender, ha debido dar grandeza a una parte de la realidad sólo a condición de sacrificar otra...

Pero vamos...».

Con fervor —con sus gestos de deportista angustiado— se levantó, dejó atrás el Motel, se encaminó por la gran carretera, con sus parapetos, su césped central, sus aceras, sus líneas divisorias ahora continuas ahora interrumpidas, pintadas de blanco; sus plazuelas de emergencia; sus puentes elegantes sobre los sórdidos, decrepitos canales de barro.

Pero a medida que nos acercábamos a la frontera, con su barra y su construcción policíaca, el aire se hacía cada vez más oscuro. Como una noche que bajara de repente con la rapidez de

una tormenta. Todo se lo tragó la oscuridad, y apenas tuvimos tiempo de ver el indicador: el consabido O.I.P.I., seguido esta vez por la inscripción: «Sector Autónomo de Raciocinantes: Irracionales y Racionales».

Las barras las levantaron en la oscuridad más completa, a la luz de siniestras linternas, las Diablas encerradas en su feroz silencio de novicias: y dejamos atrás el relámpago de aquellas luces.

Caminábamos ahora, en la oscuridad más completa.

(1963)

Nota núm. 1

El libro se tiene que escribir por estratos, cada redacción nueva tiene que tener forma de nota, *fecha*da, de modo que el libro se presente casi como un diario. Por ejemplo, todo el material escrito hasta ahora, tiene que ser fechado (hace aproximadamente un año, año y medio): no se tiene que eliminar por la nueva redacción, que debe consistir, pues, en un nuevo estrato añadido o en una larga nota. Y lo mismo para las redacciones sucesivas. Al final el libro tiene que presentarse como una estratificación cronológica un proceso formal viviente: en el cual una idea nueva no borre la anterior, sino que la corrija, o bien la deje incluso inalterada, conservándola formalmente como documento del paso del pensamiento. Y puesto que el libro será un mixto de cosas hechas y de cosas por hacer —de páginas acabadas y de páginas en esbozo, o sólo intencionales— su topografía temporal será completa: tendrá a la vez la forma magmática y la forma progresiva de la realidad (que no obra nunca, que hace coexistir el pasado con el presente, etc.)

1.º de Noviembre de 1964

Nacimiento del italiano como lengua nacional hablada, fundada ya no en el italiano literario ni en el italiano instrumental dialectizado, como lengua franca de las relaciones comerciales y de la primera industrialización —sino en el italiano, hablado en el Norte, como lengua franca de la segunda industrialización (*cfr.* «Nuove questioni linguistiche»).

«La Divina Mimesis» o «Mammón» (o «Paráiso») se presenta míticamente como la última obra escrita en el italiano no-nacional, el italiano que guarda vivas y alineadas en una real contemporaneidad todas las estratificaciones diacrónicas de su historia. En el Infierno se habla, pues, este italiano, en todas sus combinaciones: ósmosis con el latín (el clásico y el medieval), cruces dialecto-latín, koiné-latín, lengua literaria-latín, tecnolengua-latín: y además, dialecto-koiné, lengua literaria-koiné, tecnolengua-koiné; y además, etc., etc. —todos los cruces posibles, según las exigencias de los discursos libres indirectos de los distintos personajes, socialmente diversos.

En cambio, todas las perspectivas para el futuro: o sea el proyecto y la construcción (en cur-

so) de los dos Paraísos —el neocapitalista y el comunista— serán redactados en la «supuesta» lengua nueva: con sus secuencias progresivas, sus formas competitivas eliminadas, el absoluto prevalecer en ella de la comunicatividad sobre la expresividad, etc.

17 de Noviembre de 1964

Para una «Nota del editor»

Esta no es una edición crítica. Me limito a publicar *todo* lo que el autor ha dejado. Mi único esfuerzo crítico, muy modesto, por otra parte, ha sido el de reconstruir, lo más exactamente posible, la secuencia cronológica. Al pie de algunos de ellos, el autor ha apuntado la fecha: en ese caso ha sido fácil insertarlos en la sucesión. Pero muchísimos apuntes, sobre todo los más breves —algunos sólo de dos o tres líneas, casi ilegibles— no tienen fecha, no sólo eso, sino que han sido encontrados fuera del cuerpo mecanografiado de la obra, o en cajones distintos de aquel en el cual se conservaba ese cuerpo, o entre las páginas de libros empezados a leer y no acabados. Un pequeño bloc de notas se ha encontrado, incluso, en el bolsillo interior de la puerta de su coche, y finalmente, detalle macabro pero también —hay que reconocerlo— conmovedor, una hoja cuadriculada (arrancada evidentemente a un bloc) cubierta por una docena de rayas muy inseguras —se ha encontrado en el bolsillo de la chaqueta de su cadáver (murió apaleado, en Palermo, el año pasado). El escrúpulo de la exactitud de la sucesión

cronológica era el único escrúpulo que yo podía tener. Me he agarrado a él, pues, como a una tabla de salvación. Entiendo naturalmente que la lectura de estos fragmentos pueda ser perjudicada por una sucesión cronológica que es la de la redacción y no la del sentido. Pero he preferido el rigor —un rigor cualquiera— a una manipulación aunque fuera honesta y razonada.

En cuanto al título éste es FRAGMENTOS INFERNALES: pero lo es sólo de acuerdo con una deducción de carácter... necrológico. Si el autor hubiera vivido, probablemente el título habría cambiado, por la superposición de alguno nuevo. En efecto, el cuerpo mecanografiado de la obra está formado por un mazo de hojas de papel de escribir a máquina cortadas por la mitad, y está envuelto por cinco hojas enteras dobladas: en la cara primera de estas hojas —que hace, pues, de cubierta— hay apuntados dos títulos, el primero, mecanografiado, es *Memorias Barbáricas*, mientras el segundo, manuscrito, con letras grandes, es precisamente, *Fragmentos Infernales*. En la cara de la penúltima hoja, a máquina, está el título *Paríso*, en letra de palo, a mano, pero incluidos en un círculo hecho con bolígrafo que los anula, los dos títulos *La teoría* y *La divina teoría*; en la antepenúltima hoja hay, mecanografiado, el título *La Divina Realidad*, con una fecha, 1963, seguida por un guión, como para dejar en suspenso pero bastante próxima la fecha del final de la redacción. En la hoja anterior se lee el título *La Divina Mí-*

mesis —y debajo la fecha de 1963, seguida por el mismo guión— que es evidentemente el primer título, y tiene que haber seguido siéndolo mucho tiempo, porque ya era el título de la hoja anterior, la más amarillenta de todas.

(1966 ó 1967)

Otros 3 apuntes para el VII canto

1

El otro matiz del pecado de la Normalidad (o de la Continencia), además del Conformismo, es la Vulgaridad.

La acepción de esta palabra —que es casi término de iniciación entre los componentes de la pequeña compañía que comete pecados mucho más tremendos —los pecados de la clasicidad vivida en los grandes períodos agrarios, pastoriles y comerciales del hombre— los pecados del sexo, de la violencia, del rechazo— de la Incontinencia, en suma, en el fondo tan querida por Dios— tiene tal vez que precisarse antes de entrar en el nuevo Sector, o sea el de los Vulgares, detrás de las barreras bajadas, con las Diablas descontentas, de ojos oblicuos...

La vulgaridad es el momento de plena lozanía del conformismo...

2

El ambiente que se presentó a nuestros ojos angustiados no era muy distinto del que habíamos

dejado. En el Reino de las sombras era naturalmente más difícil advertir las diferencias que hay entre Roma y Milán. Pero el verde del campo y el gris del cielo eran los del Norte. Detrás de la masa de gente, que comedida y decente, un poco provinciana, levantaba su murmullo, salpicado de alguna risa, se sentía el gran foso del Pó en seca. En un ambiente parecido, en Roma —por ejemplo en una recepción en el Quirinal, con la luz descarada de la tarde que entra por los ventanales— siempre hay algo un poco sucio y desnudo que oprime el corazón. Aquí, no. En efecto, el primer carácter de la vulgaridad consiste en su ser invasora, en su voluntad de hacer vulgar también al que no lo es, al que es extraño a su mundo (el Norte de Italia y sus industrias): reprimiendo, pues, cuanta comprensión o piedad pudiera tener en el juzgar este «extraño», pobre u hombre culto. Los Vulgares son seres morales. Lo que es repelente en ellos es precisamente todo lo que su moralismo de sólida tradición incluye como lícito y conveniente.

3

«Acaso yo mismo no soy —dijo— más que un simple y convencional portavoz. De todos modos es seguro que mi ciencia no ha nacido toda ella en el recinto de quien no tiene miedo ni res-

peto humano. De quien llega hasta el fondo. He sido yo también un primogénito privilegiado (riqueza en espíritu o riqueza en dinero es lo mismo).

»En este infierno (como en la vida) faltan los cínicos. Por otra parte, yo tampoco he podido serlo nunca. Tuve miedo. Me parecía una deshonra. Me he defendido del cinismo tal vez precisamente porque era un santo antídoto contra las "opresiones del corazón". He pasado, así, como un viento detrás de los últimos muros o prados de la ciudad —o como un bárbaro bajado para destruir, y que ha acabado por distraerse mirando, y bebiendo, a alguien que se le parecía— antes de decidirse a volverse atrás.»

(1965)

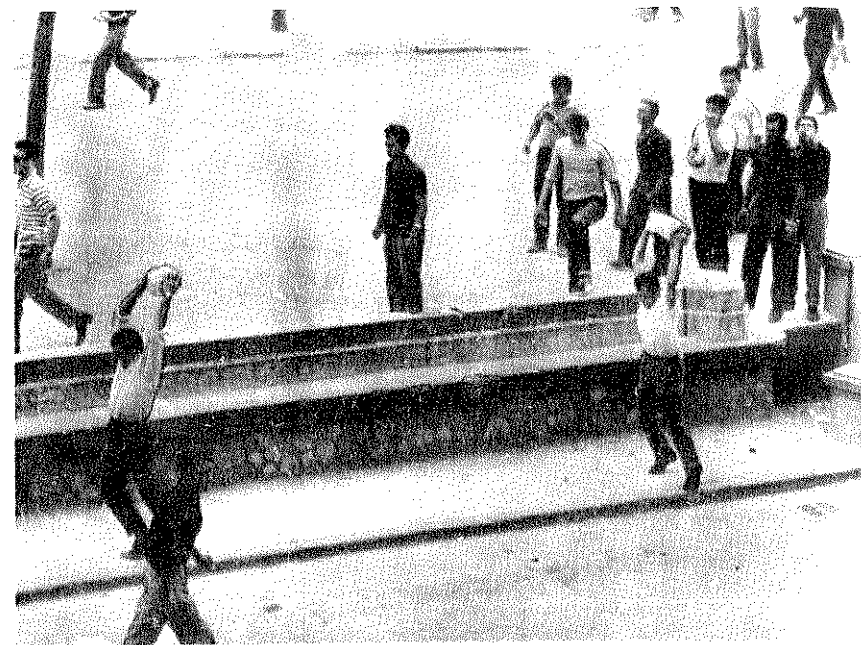
Iconografía amarillenta
(para un «Poema fotográfico»)



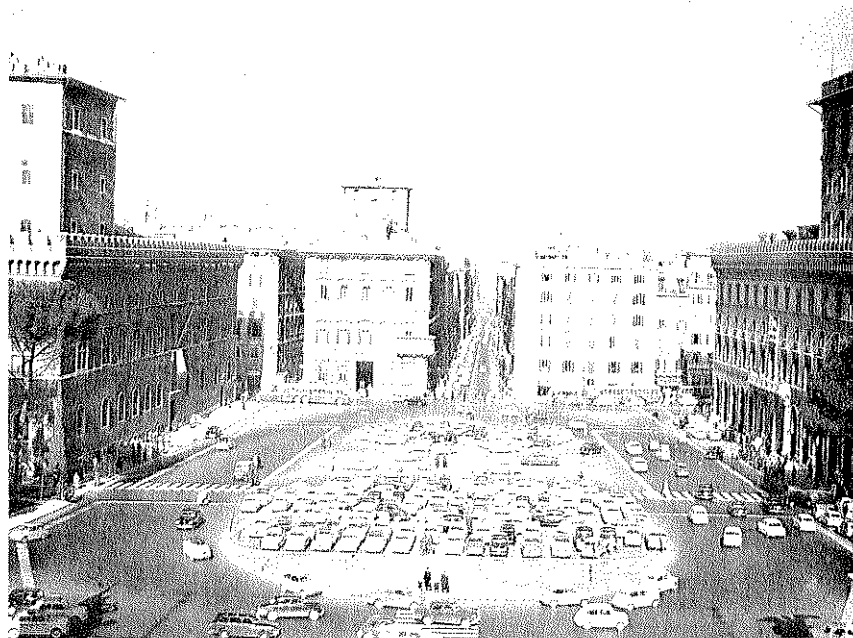
41



3



4



5



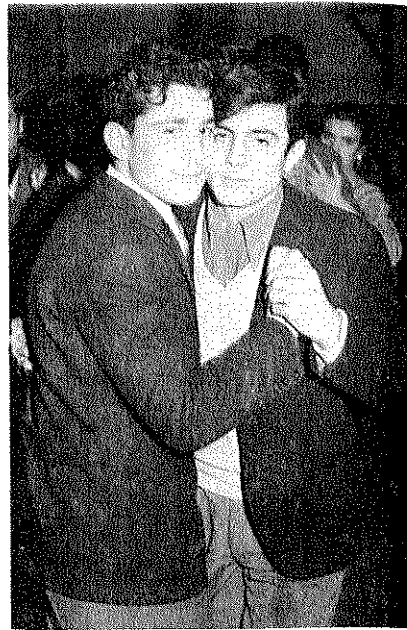
43

6

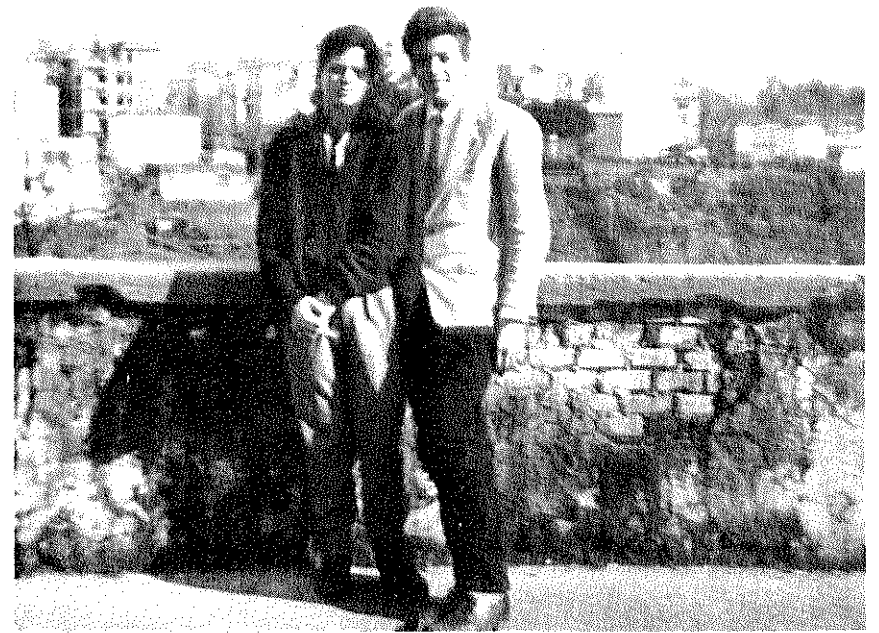




9



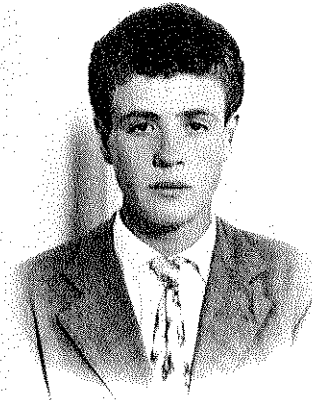
10



12



11



13

45



14



46

15



16



17

47

PIER PAOLO PASOLINI

Poesia in forma di rosa

(1961-1964)

GARZANTI

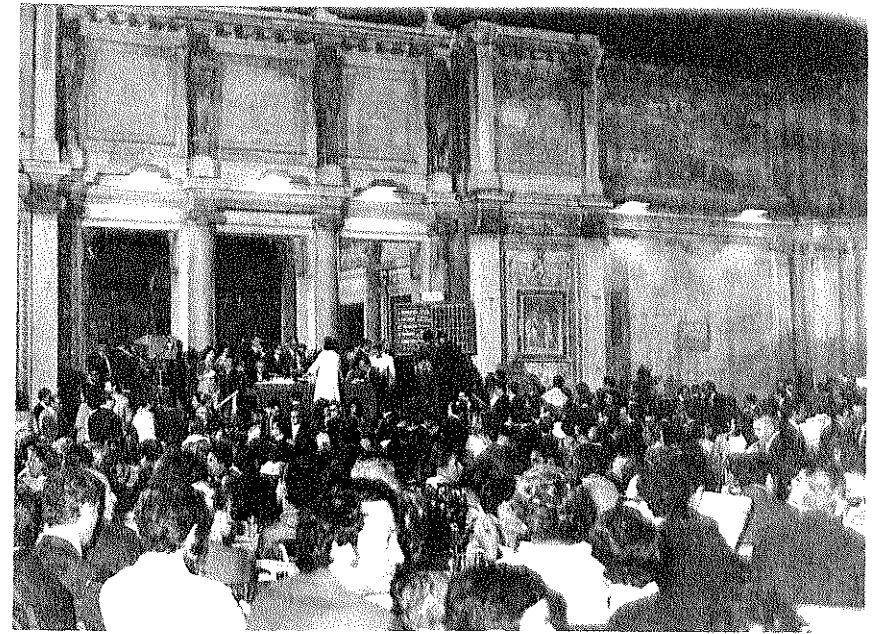


19

48

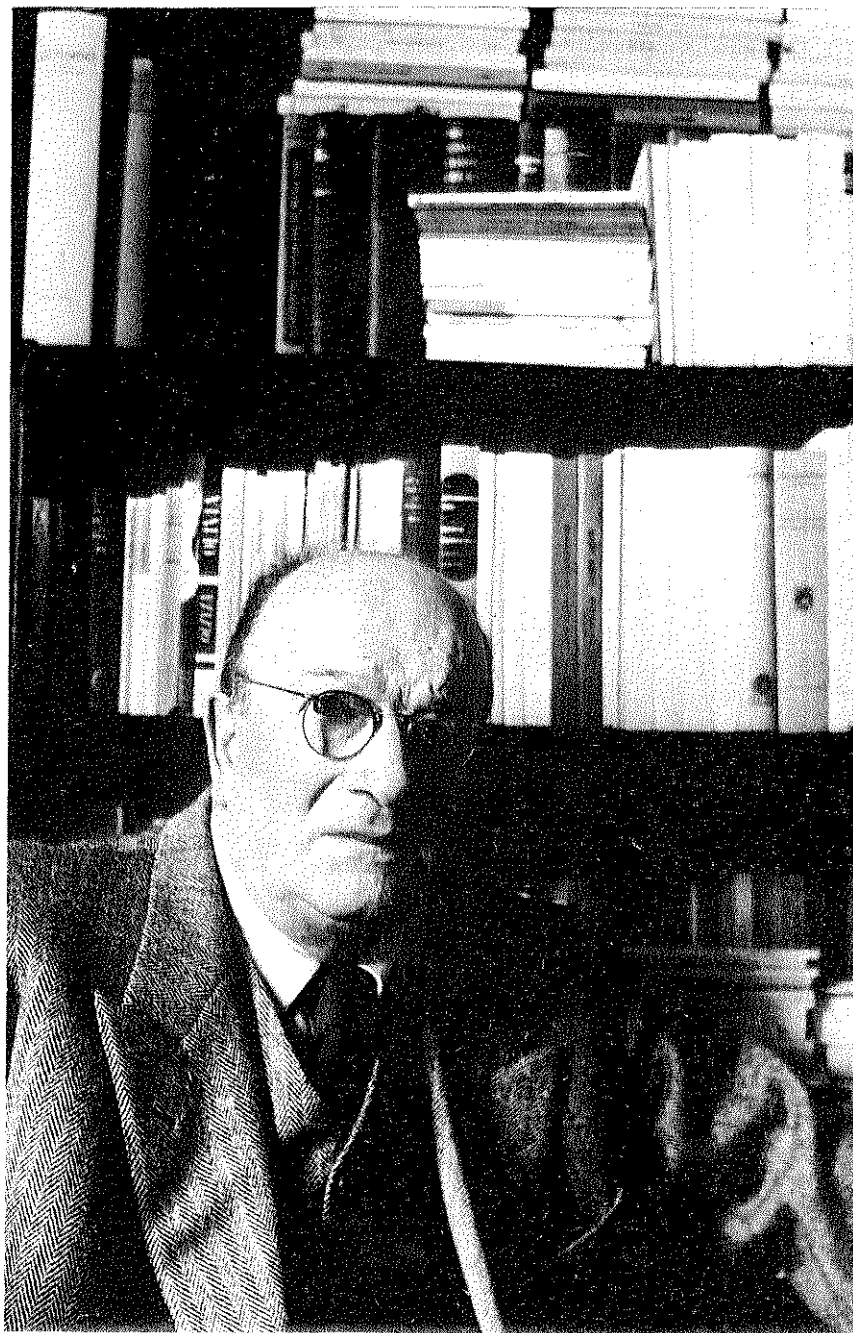


20

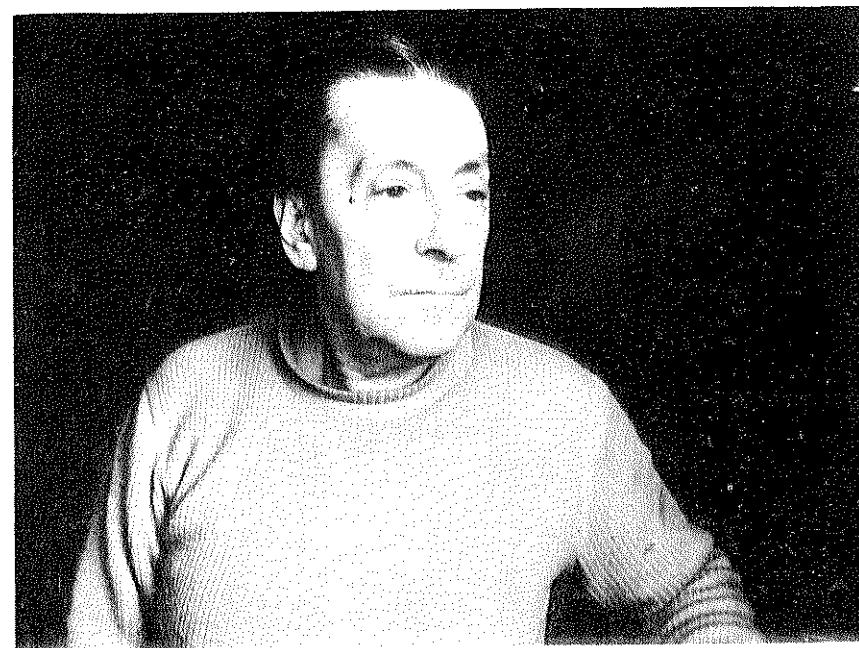


21

49



22

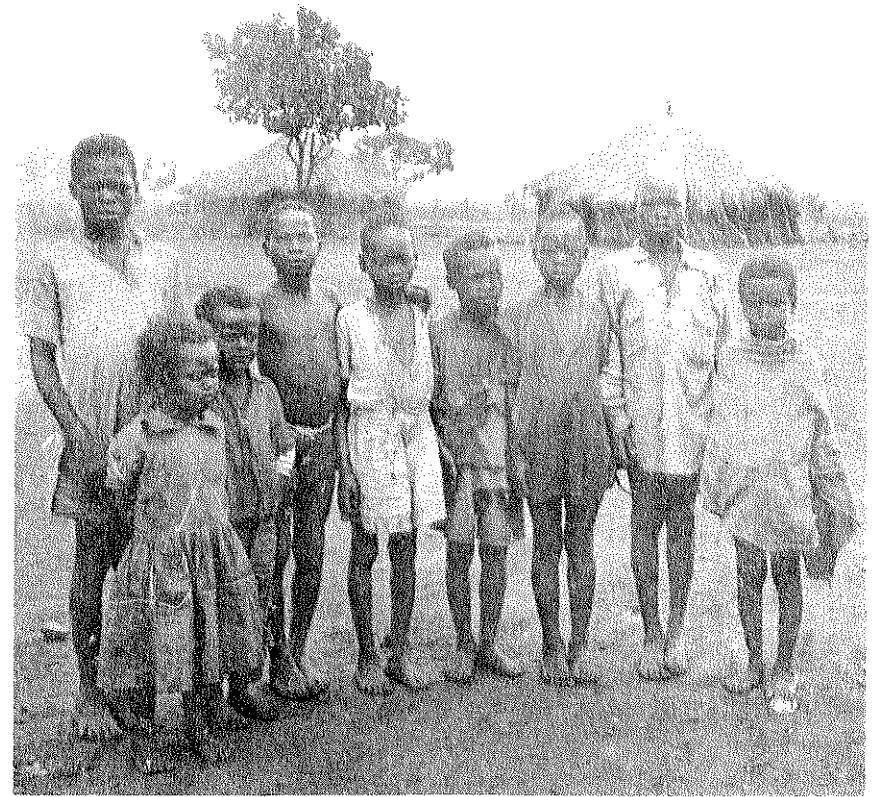


23

50



24



25

51

.....

El escándalo del libro gira todo alrededor de un único, «memorable» punto: la relación entre Contini y Gramsci. Tenga presente el lector que en este volumen que se define —escandalosamente— como una historia de la Literatura italiana de los siglos XIX y XX —la nota sobre Gramsci se coloca de acuerdo con la secuencia: Giovanni Gentile, Roberto Longhi, Antonio Gramsci (secuencia en que se acumulan, casi sin abultar, De Lollis y otros críticos universitarios, Alfredo Gargiulo y G. A. Borgeese). Pero la terna es aquella. Contini es muy tierno con Gentile (magnífica, curiosamente, su reforma de la enseñanza, en una decidida interpolación «fuera de obra»; mira con distancia a su asimétrica, autoleccionista adhesión al fascismo, como de «hombre de honor» siciliano, y finalmente —según el empeño rigurosísimo de mansedumbre, que, como veremos, quiere caracterizar el libro— se man-

1. Se trata de un «excerptum» de una nota a Letteratura italiana. Otto-Novecento, de Gianfranco Contini.

tiene perfectamente imparcial sobre él; no hace falta decir el testimonio de amor infinito por lo que hace Longhi: pero hay que añadir que también este amor está objetivado, frenado, casi acolchado. ¿Y entonces, con el tercero, con Gramsci? Pues bien, el discurso no cambia: también aquí, como con el fascismo de Gentile, se mantienen con el marxismo las debidas distancias según aquellas leyes de «mansedumbre» a las que he aludido; y también aquí la admiración respeta las conveniencias casi estilísticas de un «humour» profesional desdramatizador (se concluye, por ejemplo, que las ideas de Gramsci tuvieron al principio «un notabilísimo sentido curístico» y mantienen todavía el valor de un punto de vista muy estimulante). Sin embargo, resulta claro algo que es asombrosamente cierto, a saber, que el único crítico italiano cuyos problemas han sido los problemas literarios de Gramsci es Contini. «Escándalo para los Judíos, estulticia para los Gentiles», pues. No quiero, sin embargo, «invertir» el escándalo en sentido totalmente positivo. La sensatez quiere que yo sepa y haga saber que la forma de tratar «todos» los problemas gramscianos por parte de Contini ocurre en un universo paralelo pero remoto, aunque no menos potentemente sugestivo («estimulante»), y que hace falta una gran fuerza de ánimo para presuponer su posible integrabilidad.

(1974)

Índice

Prólogo	5
-------------------	---

Los primeros 2 cantos de la «Divina Mimesis»

Canto I	11
Canto II	29
Apuntes y fragmentos para el III canto	39
Apuntes y fragmentos para el IV canto	43
Apuntes y fragmentos para el VII canto	61
Nota núm. 1	71
Nota núm. 2	73
Para una «Nota del editor»	75
Otros 3 apuntes para el VII canto	79

Iconografía amarillenta

1 Grima	85
2 Lambrakis	85
3-4 Reggio Emilia 1960	86-87
5 Roma: muchedumbre anónima y seiscientos	88
6 Viejas	89
7 El autor y Gadda	90
8 Mitin comunista	91
9-13 Muchachos, cómo eran al final de los años 50	92-93

14	Grupo de guerrilleros	94
15	La tumba de Gramsci en el Testaccio	95
16	Gianfranco Contini	96
17	Escena del Bautizo (desde el <i>Evangelio</i>)	97
18	Portada de <i>Poesia in forma di rosa</i>	98
19	Algunos del «Grupo 63»	99
20	Primeros años 60: fascistas	100
21	En el Ninfeo de valle Julia	101
22	Emilio Cecchi	102
23	Sandro Penna	103
24	La plaza de la Iglesia en Casarna	104
25	Paisaje africano	105
	Breve añadido extravagante	107

ICARIA 13-20

1. Cavani, Liliana
El portero de noche
128 págs. 190 ptas.

En preparación:

Dutschke, Rudi
Lenin (Tentativas de poner a Lenin sobre los pies)

Joll, James
La Segunda Internacional

Nizan, Paul
La conspiración

Varga, Eugen
Testamento